

---

---

## El retrato perdido \*

---

---

*Yo tenía un retrato cubista que era mi orgullo y que me hizo el gran pintor mexicano Diego Rivera, en 1915.*

*Cuando no creí que iba a perderlo lo había ponderado y descrito con cariño.*

*Pinté, por mi parte —como pinta el escritor—, la llegada de Rivera a mi despacho con su pipa apagada, con esos ojos suyos que son como retortas alquímicas del mirar, con su amenazador bastón de As de Bastos.*

*Se hizo en largas tardes, mágicamente, sin hacerme que le mirase a la nariz como piden los «retratistas» irritando nuestro pudor.*

*A veces tenía que irme y él seguía pintando sin necesitarme, igual que Picasso pintó a Gertrude Stein, en secreto, poco a poco, sin decírselo hasta que un día apareció con ese magnífico retrato en que estaba con un parecido suprasensible.*

*Durante años había tenido ese retrato frente a mí y cuando se encontraban su imagen y la mía de refilón en un espejo de mi cuarto me sorprendía un parecido mayor que el mío, asomado detrás de mí.*

*Mi retrato cubista me daba ánimo, me confortaba en las polémicas, me enseñaba a desafiar el porvenir: se podía escribir de otra manera, puesto que estaba bien claro que se podía pintar de otra manera.*

*Así lo «relataba» yo entonces:*

*«Yo, ¡qué queréis!, estoy muy satisfecho de ese retrato, que tiene la condición de que es de perfil y de frente al mismo tiempo, y tengo el gusto de explicarlo con un puntero, como quien explica Geografía, pues somos verdaderos mapas más que trozos de paisaje.*

*Al hacerme ese retrato, Diego María Rivera no me sometió a la tortura de la inmovilidad o a la mirada mística hacia el vacío durante más de quince días, como sucede con los demás pintores, ni me puso ese aparato que tanto se parece al garrote vil y que en las fotografías colocan detrás de la nuca. Yo escribí una novela mientras me retrataba, fumé, me eché hacia adelante, me eché hacia atrás, me fui un rato de paseo y siempre el gran pintor pintaba mi parecido; tanto que cuando volvía del paseo —y no es broma— me parecía mucho más que antes de salir.*

*El pintor tampoco se estaba inmóvil. A veces pintaba de espaldas a mí, y, sin darme importancia, miraba con más interés que al modelo del paisaje del balcón, o leía un libro como si copiase párrafos de sus páginas con colores de su paleta. Todo el cuadro estaba*

---

\* El cuadro a que se refiere este artículo apareció en un remate de la casa Christie, de Nueva York, donde fue vendido por 280.000 dólares en abril de 1983 (Bernardo Sofovich).

rebatido sobre el horizonte, hacia la distancia, sin limitar el espacio, sin que el pintor se hiciese el sueco ante ningún problema y sin que dejase de ser peripatético. El no me podía tratar como a una momia inmóvil ni como quien, por verme de frente, pudiera hacerse el ignorante de que me conocía de perfil.

Ese retrato es el más estupendo retrato mío. Sus colores me animan y todo él me aparta de lo que de estampa podría haber en mi rostro.»

«Abí está mi anatomía completa. Heme abí después de la autopsia que se puede sufrir antes de morir o suicidarse, la autopsia maravillosa y aclaratriz.

El retrato que me hizo Diego es un retrato verdadero, aunque no sea un retrato con el que concursar en los certámenes de belleza. Con ese retrato me siento seguro y desabogado.

La pintura cubista, que ante todo ama el espacio, no me ha embotellado y me ha dejado libre y desenvuelto.

Cuando el gran mejicano pintó mis ojos, por ejemplo, no contempló estos ojos castaños que tengo, y cuya apariencia normal es para los "retratistas", pero no para un gran pintor como él, sino que los observó como un técnico, como un "óptico" y se dio cuenta de los ojos que necesitaba en el retrato, y que eran complementarios y aclaratorios de los otros. En el ojo redondo está sintetizado el momento de deslumbramiento, y en el ojo entornado y largo el momento de comprensión.

Así como en los ojos, el pintor se guió en todos los demás detalles por un sentimiento científico de pintor más que por un ingenuo fiarse de las apariencias. Siempre el óptico prodigioso.»

Es absurdo tratar la oreja como un parecido. La oreja se desprende, es una forma que hay que simplificar como arabesco y agujero.

El pensamiento vive en los ojos y toda la figura coincide en el entrecejo.

¡Y cuántas más cosas observaba y apuntaba Rivera, de esas que halla, más que la fijeza en el modelo, la intensidad del talento que descifra! Así apuntó mi ojo redondo, con pestañas en forma de estrellificación de la luz en una estrella negra; mi ceja en forma de tilde rabiosa, exaltada, zigzagueante, de una ñ (quizá la ñ de pestañas); mi otro ojo apaisado, entornado, rasgado, ojo con el que nivelo —como con un nivel de agua— lo que el otro ve con locura, con deslumbramiento y embriaguez (de mi otra ceja no hablemos, porque está caída y disimulada, ya que lo digno es no tener más que una ceja elevada y disparatada como los augustos de circo); mi nariz tonta, y mi boca, que aunque es un poco tumefacta, se salva de su tumefacción gracias a ese gesto que ha recogido Rivera y que es como una X de aspas curvas. ¡Cuántas cosas resueltas!

Todo es acierto en este retrato, hasta la posición de la mano que tiene la pipa al fumar en sus tres momentos: primero, el de llevarse la pipa a la boca; segundo, el de tenerla en la boca, y tercero, el de reposar la pipa en el cuenco de las manos; los tres instantáneos, seguidos, casi simultáneos, en amalgama que él consiguió casi sin el punto muerto del guión entre el uno y el otro, porque era el primer pintor que se daba cuenta de que el arte de pintar es un acto de movimiento.

Ellos no hacen obras en que lo menos importante del parecido, lo que hasta desconocemos de nosotros mismos dado con esa profusión, lo que pasamos por alto de las cosas, es lo que triunfa opacamente en ellas, cubriendo la vía clara. Ellos no nos abotargan de materia sobrante, de materia estúpida y pegajosa, de todo eso que es vegetación

*impersonal y que no encubre del todo los retratos usuales porque nos miramos a los ojos y al rictus reconocible. Sin embargo, ¡qué gran desazón sentimos algunas veces queriéndonos quitar la careta sofocante, encarada como todas! Los cubistas, llenos de sensatez, evitan a sus modelos esa falsa semejanza, sin transpiración y sin ideas, que les haría parecerse demasiado a la especie vergonzosa. Ellos saben que las cabezas son iguales a las cabezas porque hay demasiados elementos deleznable que las asemejan, y tienden a prescindir de ellos e intentan el frente, el perfil y la espalda. Afirman la idea del cráneo, y en vez de dar la superficialidad, consagran con su reciumbre y su rotundidad el carácter.*

*En la hora de la revolución se lo dejé a Salvador Bertolozzi para que me lo guardase y cuando ya Madrid estuvo pacificado quise saber su paradero, pero nadie me pudo dar una pista.*

*Mi querido y admirado Salvador, residente en México, siempre tenía la ilusión de que cuando él volviese a España lo recobraría, pero ahora que él ha muerto ya he perdido las esperanzas.*

*Alguna vez aparecerá en una subasta, en un museo, ya irrecuperable, porque el único cuadro que no pudo ser pignorado por único, por intransferible, por inmostrable después de haber sido robado, fue el de la Gioconda.*

*Esos cuadros que desaparecieron en la guerra civil están tapados, esperan y no es consuelo saber de otros también perdidos, entre ellos un Miró que tenía la condesa de Yebes, con un azul maravilloso, y en el que una escalera de circo subía al cielo en busca de una payasesca luna.*

*Mi vínculo con mi retrato cubista de la buena época existirá siempre, sino que durante algún tiempo será secreto y estará silenciado.*

*Ahora vivo dos vidas, una subterránea y otra sobre la superficie de la tierra.*

*A veces me acuerdo de él y me pregunto: «¿Dónde estará? ¿En qué sótano de latrocinio se oculta? ¿Los detectives darán con él? ¿Sufre el peso de su pesada tapadera?»*

*Es ése un robo con algo de homicidio. El retrato mío está secuestrado y a medio asfixiar en su mazmorra desconocida.*

*Mi retrato entró entre lo individualista victorioso, fue un estrellarse en él del palurdo realismo como en el parabrisas del automóvil veloz se estrellan como algo más que un insecto el tábano vulgar.*

*Aquel cuadro es ya como una entelequia y si lanzo su reproducción de colores en colores es para avisar a la policía del mundo y a los directores de museos de Arte Moderno por si ven llegar ese cuadro con huellas dactilares inconfundibles. ¡Deténgalo!*

*No sé ya dónde estoy ni dónde está y tengo ya un pedazo de mí que me falta como una mutilación y como si esa sombra de mí mismo fuese topo de ocultación.*

*Pertenece mi retrato a un arte en alto, para los Motezumás, no para las multitudes que les rodearon y a las que hacían subir altas escaleras de piedra —nada de ascensor— para revelar su categoría y hacerse inasequibles y difíciles en las alturas.*

*Aquella revelación anatómica que consiguió el gran pintor mexicano ya no podrá ser operada y disecada de nuevo.*

*Diego Rivera ya va por otros caminos, dejó aquella manera que estaba muy bien y en la que encontraba fijeza sin fealdad, sin esas tumefacciones que tiene la realidad.*

*Voluble, con una volubilidad espeluznante y monstruosa, ha variado muchas veces de*